

hincaba en su cráneo vacío, como un clavo que la impedía dormir; ¿por qué había obedecido? ¡A quedarse ella, le prestaría el calor de su juventud y no hubiese muerto! Hacía poco más de una hora que había sentido esa idea rebullir y transformarse en una pesadilla. Clotilde cayó en sueño pesado, rendida por la fatiga y el dolor.

Cuando Martina vino á anunciar á la vieja señora de Rougon la muerte súbita de su hijo, aquélla, en su arrebato, exhaló un grito de cólera y disgusto. ¡Cómo! Pascual, moribundo, no había querido verla; había hecho jurar á la criada que no la llamaría! Esto le quemaba la sangre, como si la lucha con el hijo rebelde, que había durado toda la vida, debiese continuar más allá de la tumba. Luego, después de haberse vestido aprisa, cuando corría hacia la Souleiade, el pensamiento de aquellos terribles legajos, de todos los manuscritos que llenaban el armario, la sacudía y alteraba hasta la médula. Ahora que el tío Macquart y Mama Dida habían muerto, ya no tenía por qué temblar á lo que llamaba la abominación de las Tulettes; y el mismo niño Carlos, al suprimirse, había quitado á la familia uno de los pesos más humillantes. No quedaban más que los legajos,

los inicuos legajos, amenazando la triunfal leyenda de los Rougon, á la cual había consagrado su vida toda, y era la única preocupación de su vejez, la obra á cuyo buen éxito consagraba obstinadamente, los últimos esfuerzos de su espíritu, de su actividad y de su astucia. Desde hacía muchos años, acechaba á los tales legajitos, sin cansarse jamás, reanudando la lucha cuando parecía vencida, siempre emboscada y tenaz. ¡Ah! ¡Si pudiese al fin apoderarse de ellos y destruirlos! Aquello sería el execrable pasado extinguido; sería la gloria de los suyos, tan duramente conquistada, libre de toda contingencia, fundada en bases inmovibles, imponiendo á la historia su mentira. Ya se veía cruzando los tres barrios de Plassans, saludada por todos, con su actitud de reina, llevando noblemente el luto por el régimen caído. Tan pronto como Martina la dijo que Clotilde estaba allí, aceleró el paso, aproximándose á la Souleiade, agitada por el temor de llegar demasiado tarde.

Tan pronto como se instaló en la casa, doña Felicidad se tranquilizó. Nada la apuraba; tenía la noche por delante. Sin perder momento quiso apoderarse de Martina; sabía de sobra lo que podía influir en aquella cria-

tura sencilla, encerrada en las creencias de una estrecha religiosidad. Su primer cuidado abajo, en medio del desorden de la cocina, adonde había descendido á ver asar la polla, fué fingir una gran desolación, ante el pensamiento de que su hijo hubiese muerto fuera de la Iglesia. Preguntaba á la criada: exigía detalles. Pero aquélla bajaba la cabeza desesperadamente: ¡no! ningún cura había venido: el señor no había hecho ni la señal de la cruz. Sólo ella se había arrodillado para pronunciar las oraciones de los agonizantes, lo cual, de fijo, no sería suficiente para salvar un alma. ¡Y sin embargo, con qué fervor, había rogado á Dios á fin de que el señor fuese derecho al cielo!

Doña Felicidad, con los ojos fijos en la gallina, á la cual daba vueltas en el fuego, dijo en voz baja, como absorta:

—¡Ah! Hija mía, lo que sobre todo le impide entrar en el cielo son los papeles malditos, que el desdichado deja en el armario, allá arriba. No puedo comprender cómo un rayo del cielo no ha caído aún sobre ellos para reducirlos á cenizas. ¡Si se permite que salgan de aquí, serán la peste, el deshonor, y estará en el infierno siempre!
Martina escuchaba pálida.

—Entonces, señora, ¿cree V. que será una buena obra destruirlos: una obra que asegurará el reposo del alma del señor?

—¡Dios mío! ¡Ya lo creo!... ¡Si aquí tuviésemos esos papeles vergonzosos, en ese fuego los arrojaría! ¡Ah! no tendrías que echar más leña que los manuscritos que están arriba; bastan para asar tres gallinas como esta.

La criada había cogido una enorme cuchara para rociar el ave. También Martina parecía reflexionar.

—Sólo nos falta tenerlos... A propósito, yo misma oí una conversación que puedo repetir á la señora... Era cuando la señorita Clotilde subía á su cuarto. El doctor Ramond le ha preguntado si recordaba las ordenes que había recibido sin duda antes de su marcha; y ella ha dicho que se acordaba: que debía guardar los legajos, y darle á él los demás manuscritos.

Doña Felicidad, temblorosa, no pudo reprimir un gesto de inquietud. Veía escapársele los papeles; y no eran sólo los legajos lo que ella quería, sino los demás escritos, toda aquella obra desconocida, oscura, tenebrosa, de la cual no podía salir más que el escándalo, según su cerebro obtuso y apasionado de burguesa y orgullosa vieja.

—¡Pero no hay que dormirse!—gritó.—¡Y hay que avisparse esta misma noche! Mañana sería quizá demasiado tarde.

—Yo sé donde está la llave del armario—respondió Martina á media voz.—Se lo ha dicho á la señorita el médico.

Felicidad aguzó el oído inmediatamente.

—¿La llave? ¿Dónde?

—Debajo de la almohada del señor.

A pesar de la viva llama del fuego de sarmientos, sintieron las dos viejas un soplo glacial y permanecieron silenciosas.

Ya no se oía más que el chisporroteo del asado, cuyo jugo caía en la grasea.

Después de comer sola y atropelladamente, Felicidad subió con Martina. Sin haber vuelto á cruzar una palabra, se encontraban acordes; se apoderarían de los papeles, antes del amanecer, por cualquier medio. En medio de todo, el más sencillo era sacar la llave de debajo de la almohada. Clotilde acabaría por dormirse; estaba harto rendida para no sucumbir al cansancio. Todo se reducía á esperar. Se pusieron, pues, en acecho, yendo de la sala al cuarto para ver si se cerraban al fin los ojos dilatados y fijos de la joven. Siempre había una que atisbaba, mientras la otra esperaba impaciente en la

sala, donde se carbonizaba la mecha de un quinqué. Así corrió, un cuarto de hora tras otro, hasta la media noche. Las pupilas sin fondo, llenas de sombra y de una desesperación inmensa, no se cerraban. Un poco antes de las doce, Felicidad volvió á instalarse en un sillón á los pies de la cama, resuelta á no abandonar el puesto hasta que su nieta se durmiese. No la quitaba ya ojo, y se irritaba al advertir que apenas parpadeaba siquiera, firme en aquella fijeza inconsolable que desafiaba al sueño. En cambio, llegó á dominarla á ella una somnolencia invencible. Exasperada, no pudo aguantar más, y se fué de nuevo con Martina.

—¡Es inútil! ¡No se dormirá!—dijo con voz ahogada y trémula.—Hay que intentar otra cosa.

Ya se le había ocurrido forzar el armario. Pero la vieja armazón de roble parecía incommovible, y el herraje resistente á toda prueba. ¿Cómo romper la cerradura? Sin contar con que harían un ruido terrible, y ese ruido llegaría de seguro al cuarto inmediato.

Se plantó, sin embargo, delante de las sólidas hojas, y las palpaba, buscando los resquicios.

—Si yo tuviese una herramienta...

Martina, menos vehemente, la interrumpió exclamando:

—¡Ay! ¡No, no, señora! Nos sorprenderían. Aguarde V. Puede que se duerma la señorita.

Se dirigió al cuarto de puntillas, y volvió al momento.

—¡Pues si duermel... Tiene cerrados los ojos, y no se rebulle.

Las dos fueron á verla, conteniendo la respiración y evitando con infinitas precauciones el menor crujido del pavimento. Clotilde acababa de dormirse efectivamente, y parecía tan rendida, que las dos viejas se enardecieron. Pero temblaban que se despertase si rozaban con ella, porque tenía la silla arriada á la cama. Y también era cosa sacrílega y terrible, que las sobrecogía de pavor, eso de introducir la mano debajo de la almohada del muerto y robarle. ¿No irían á alterar su reposo? ¿No se movería? Esa idea las hizo palidecer.

Felicidad se había adelantado ya con el brazo extendido. Pero retrocedió.

—Soy muy pequeña—tartamudeó.—Pruebe V. á ver, Martina.

La criada se acercó al lecho. Pero empezó

á temblar de tal manera, que también tuvo que volverse atrás para no caer.

—¡No, no! ¡no puedo! Me parece que el señor va á abrir los ojos.

Y tiritando, descompuestas, permanecieron todavía un instante en la estancia, llena del gran silencio y de la majestad de la muerte, delante de Pascual, inmóvil para siempre, y de Clotilde, anonadada por el golpe abrumador de su viudez. Quizá se reveló á sus ojos la nobleza de un alta vida de trabajo en aquella cabeza muda, que con todo su peso guardaba su obra. La llama de los cirios ardía pálidamente. Un terror sagrado las obligó á salir.

Felicidad, tan valiente que en la vida había retrocedido ante nada, ni aun ante la sangre, huía como perseguida.

—Véngase, véngase, Martina. Recurriremos á otra cosa. Buscaremos una herramienta.

Una vez en la sala, respiraron. La criada recordó entonces que la llave de la gaveta debía de estar en la mesa de noche del señor, donde la había visto la víspera, en el momento del ataque. Fueron á ver. La madre abrió el mueble sin el menor escrúpulo. Pero no encontró más que las cinco mil pe-

setas, que dejó en el cajón, porque apenas la importaba el dinero. En vano buscó el árbol genealógico, que sabía estaba allí generalmente. ¡Hubiese empezado por él de tan buena gana su obra de exterminio! Había quedado en la sala, en la mesa de Pascual; pero no acertaría á descubrirlo siquiera, en medio de la fiebre que la impulsaba á registrar los muebles cerrados, robándola la lucidez y la calma necesarias para proceder metódicamente.

Cediendo á su afán, volvió á plantarse delante del armario, midiéndolo y abarcándolo con ardiente mirada de conquista. A pesar de su pequeñez y de sus ochenta años cumplidos, se erguía con vértigo de actividad, con derroche de fuerza extraordinario.

—¡Ah!—repitió.—¡Si yo tuviese una herramienta!

Y buscaba de nuevo la grieta del coloso, la hendedura por donde iba á introducir los dedos para hacerle estallar. Ideaba planes de asalto, soñaba violencias y después volvía á la astucia, á alguna traición que abriese las puertas con un soplo no más.

De repente brilló su mirada: tenía una idea.

—Di, Martina, ¿hay algún gancho que sujete la primera hoja?

—Sí, señora; en la tabla de en medio... Mire V.: sobre poco más ó menos al nivel de esta moldura.

Felicidad hizo un ademán de triunfo.

—¿V. tendrá una barrena, una barrena gruesa?... ¡Tráigame una barrena!

Martina bajó á escape á su cocina y volvió con el instrumento.

—¿Ve V.? Así no haremos ruido—dijo la vieja, poniendo manos á la obra.

Con una firmeza que nadie hubiese sospechado en aquellas manitas consumidas de vejez, clavó la barrena é hizo un agujero á la altura indicada por Martina. Pero vió que caía bajo, que la punta penetraba después en la tabla. Un segundo barreno fué á parar al gancho, pero demasiado de frente. Y multiplicó los agujeros á derecha é izquierda, hasta que con la misma barrena logró al fin desenganchar el gancho. Resbaló el pasador de la cerradura, y se abrieron las hojas.

—¡Por fin!—exclamó, fuera de sí, Felicidad.

Y se quedó inmóvil, escuchando intranquila, por temor de haber despertado á Clotilde. Pero toda la casa dormía en la silencio-

sa oscuridad. No salía del cuarto más que la paz augusta de la muerte; no oyó más que el claro timbre del péndulo dando una sola campanada, la una de la noche. El armario, abierto de par en par, ofrecía á sus ojos las tres tablas atestadas de papeles hacinados. La vieja se abalanzó, y dió comienzo la obra destructora, en medio de las sagradas tinieblas, del infinito reposo de aquella fúnebre velada.

—¡Por fin!—repitió muy bajo.—¡Al cabo de treinta años de querer y esperar...! ¡Despachemos, despachemos, Martina! ¡Ayúdeme!

Ya había llevado la silla alta del pupitre, y subió de un salto para coger ante todo los papeles de la tabla de arriba, porque recordaba que los legajos estaban allí. Pero se sorprendió de no ver las cubiertas de papel azul; no había ya más que manuscritos voluminosos, las obras terminadas y no publicadas aún, trabajos inestimables, todas las investigaciones del doctor, todos sus descubrimientos, el monumento de su fama venidera, que legaba á Ramond, confiándolo á su solicitud. Sin duda, algunos días antes de su muerte, pensando que lo único comprometido eran los legajos, y que nadie en el mundo se atrevería á destruir sus demás

obras, había hecho un cambio una clasificación nueva, para sustraer aquellos documentos á las primeras pesquisas.

—¡Ah! ¡Mal negocio!—murmuró Felicidad. —Puesto que hay tanto, empecemos por cualquier parte, si queremos concluir... Vamos limpiando, mientras yo estoy subida.. ¡Tenga, Martina, ande!

Y vació la tabla, echando los manuscritos, uno á uno, en brazos de la criada, la cual los ponía sobre la mesa, haciendo el menor ruido posible. No tardó en estar allí todo el montón. Felicidad bajó de la silla.

—¡Al fuego! ¡al fuego!... Ya acabaremos por meter mano á los otros, á los que yo busco... ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Estos por lo pronto! ¡Hasta los papelitos como una uña, hasta las notas ilegibles, ¡al fuego! ¡al fuego, si queremos estar seguras de matar el contagio del mal!

Fanática, feroz en su odio á la verdad, en su ansia de aniquilar el testimonio de la ciencia, desgarró por sí misma la primer cuartilla de un manuscrito, la prendió fuego en la lámpara, fué á arrojar aquel hachón llameante á la gran chimenea, donde no se había encendido lumbre desde hacia veinte años quizá, y alimentó la llama echando á

trozos el resto del manuscrito. La criada no menos resuelta había acudido en su ayuda, cogiendo otro abultado cuaderno y desglosándolo. Desde aquel punto ya no cesó el fuego. La alta chimenea se pobló de una llamarada, de un incendio vivo, que no se amortiguaba por instantes sino para subir con creciente intensidad, cuando nuevos alimentos lo atizaban. Poco á poco crecía la brasa, y subía el montón de ceniza, una capa espesa de hojas negras cruzada de millones de chispas. Pero era faena larga, interminable; porque cuando se echaban muchas cuartillas de una vez, no ardían, y había que agitarlas y removerlas con las tenazas; lo mejor era estrujarlas y esperar á que se inflamasen bien, antes de añadir otras. Iban adquiriendo habilidad, y la faena marchaba á maravilla.

Atropellándose por coger una nueva brazada de papeles, Felicidad tropezó en un sillón.

—¡Por Dios, señora, ande V. con tiento!— dijo Martina.—¡Si viniesen!

—¿Venir? ¿Quién? ¿Clotilde? Está bien dormida la pobre... Y, además, si vienen cuando haya acabado, ¡bastante me importa á mí! No crea V. que voy á esconderme; de-

jaré el armario vacío y abierto de par en par, y diré muy alto que he sido yo quien ha purificado la casa... Cuando ya no haya ni una sola línea escrita, ¡Dios poderoso! ¡Me río de lo que venga después!

Durante cerca de dos horas estuvo ardiendo la chimenea. Ambas mujeres, volviendo al armario, desocuparon las otras dos tablas; no quedaba ya más que la parte inferior, atestada al parecer de un revoltijo de papeles. Emborrachadas por el calor de la hogera, jadeantes, sudorosas, cedían á una fiebre salvaje de exterminio. Se agachaban, se ennegrecían las manos á fuerza de empujar los restos á medio consumir, y se agitaban con tal violencia, que entre las ropas en desorden llevaban enganchados mechones de sus cabellos grises. Era una zambra de brujas, atizando una hoguera diabólica para perpetrar una infamia: el martirio de un santo; el pensamiento escrito quemado en la plaza pública; todo un mundo de verdad y de esperanza destruido. Y el gran resplandor, que á ratos hacía palidecer la lámpara, inundaba la pieza y agitaba en el techo las desmesuradas sombras de las mujeres.

Pero al querer desocupar el fondo del armario, y cuando había quemado ya la masa

revuelta de papeles que contenía, Felicidad profirió un grito ahogado de triunfo.

—¡Ah! ¡Están aquí!... ¡Al fuego! ¡Al fuego!

Acababa de caer sobre los legajos. Allá, en el fondo, detrás de la muralla de papeles, había ocultado el doctor las cubiertas de papel azul. Y aquello fué ya la locura, el furor rabioso de la devastación: cogidos á dos manos, lanzados á las llamas, los legajos llenaban la chimenea de un rugido de incendio.

—¡Arden, arden!... ¡Arden al fin! Martina, este otro, y este... ¡Ah! ¡Qué hoguera, que gran hoguera!

La criada se alarmaba.

—Señora, ande con cuidado, va V. á incendiar la casa... ¿No oye V. qué modo de rugir?

—¡Ah! ¿Qué importa? ¡Ya puede quemarse todo! ¡Qué bien, qué bien arden! ¡Qué hermosura!... ¡Otros tres! ¡Dos más! ¡Y el último, el último ardiendo!

Reía de gozo, fuera de sí, con expresión espantosa, cuando acertaron á caer algunos fragmentos de hollín inflamado. El rugido era ya terrible: se había prendido fuego á la chimenea, que nunca se limpiaba. Aquello pareció excitarla más aún; pero Mar-

tina, despavorida, empezó á gritar y á correr por la habitación.

Clotilde dormía al lado de Pascual muerto, en medio de la calma soberana del cuarto. No se escuchaba más ruido que la vibración ligera del timbre del reloj al dar las tres. Los cirios ardían con llama larga é inmóvil; ni el menor estremecimiento agitaba el aire. Y desde el fondo de su pesado sueño oyó la joven como un tumulto, un tropel creciente de pesadilla. Cuando abrió los ojos, no se dió cuenta de nada en el primer instante. ¿Dónde estaba? ¿Por qué aquel peso enorme que oprimía su corazón? Recordó la realidad espantosa: volvió á ver á Pascual; oyó los gritos de Martina, y se precipitó, llena de angustia, para saber lo que pasaba.

Pero desde el umbral abarcó toda la escena en su claridad salvaje: el armario abierto y completamente vacío; Martina enloquecida por el miedo al fuego; su abuela Felicidad radiante, empujando con el pie hacia las llamas los últimos fragmentos de los legajos. La sala estaba llena de humo y de hollín flotante, y en sus ámbitos resonaba el mugido del incendio como estertor de una agonía violenta, la algarada devastadora que aca-

baba de oír desde las profundidades de su sueño.

Y el grito que brotó de sus labios fué el que profirió el mismo Pascual la noche de la borrasca, al sorprenderla robándole los papeles.

—¡Ladronas! ¡Asesinas!

Se precipitó como una exhalación hacia la chimenea; y á pesar del terrible mugido, á pesar de los trozos de hollín encendido que caían, y á riesgo de quemarse el pelo y abrasarse las manos, cogió á puñados las cuartillas no consumidas aún y las apagó valerosamente, apretándolas contra su cuerpo. Pero era bien poca cosa: restos apenas; ni una hoja completa; ni migajas del colosal trabajo, de la obra paciente y enorme de toda una vida, que el fuego acababa de destruir en dos horas. Y crecía su cólera; la inundaba una ola de furiosa indignación.

—¡Son Vds. unas ladronas, unas asesinas!... ¡Lo que acaban de cometer es un asesinato infame! ¡Han profanado Vds. la muerte! ¡han matado el pensamiento, el genio!

La abuela no retrocedía. Al contrario, se adelantaba, sin remordimientos, con la cabeza erguida, defendiendo la sentencia de destrucción por ella dictada y ejecutada.

—¿Es conmigo con quien hablas, con tu abuela?... Hice lo que debía; lo que tú quisiste hacer con nosotras en otra ocasión.

—Entonces me habían Vds. vuelto loca. Pero he vivido, he amado y he comprendido... y luego, era una herencia sagrada, confiada á mi celo; el último pensamiento de un muerto, lo que quedaba de un gran cerebro, lo que yo debía imponer á todos... ¡Sí; tú eres mi abuela! ¡y es como si acabases de quemar á tu hijo!

—¡Quemar á Pascual, porque he quemado sus papeles!—gritó Felicidad. ¡Hubiese yo quemado la ciudad entera por salvar la reputación de nuestra familia!

Seguía avanzando, batalladora, triunfante; y Clotilde, colocando sobre la mesa los trozos ennegrecidos que acababa de salvar, los defendía con su cuerpo, temerosa de que volviera á arrojarlos á las llamas. Felicidad los desdeñaba; no se preocupaba siquiera del fuego de la chimenea, que felizmente se extinguía de suyo. Martina, entre tanto, ahogaba con la paleta el hollín y las últimas cenizas ardientes.

—A ti te consta, á pesar de todo—continuó la vieja, cuya estatura parecía crecer—que yo no he tenido más que una ambición, más

que una pasión: la fortuna y el imperio de los nuestros. He combatido; he velado toda mi vida, y no he vivido tanto tiempo sino para destruir los rumores infamantes y dejar una leyenda gloriosa de nosotros... Sí; jamás he desesperado; jamás he desfallecido; siempre he estado dispuesta á aprovechar las menores circunstancias... y he hecho todo cuanto he querido, porque supe esperar.

Con ademán enérgico señaló el armario vacío y la chimenea donde morían las últimas chispas.

—Ahora se ha concluido. Nuestro honor está á salvo; no nos acusarán ya esos indignos papeles, y no dejaré detrás de mí ningún peligro... Los Rougon triunfan.

Clotilde, frenética, levantaba el brazo como para echarla. Pero se fué ella de buen grado, bajando primero á la cocina á lavarse las manos y arreglarse el pelo. Iba á seguirla la criada, cuando, viendo el ademán de su señorita, se volvió.

—¡Oh! Yo, señorita, me iré pasado mañana, cuando esté en el cementerio el señor. Medió un silencio.

—Es que yo no la despido á V., Martina; sé bien que no es V. la más culpable... Hace

treinta años que vive V. en esta casa. Quédese, quédese conmigo.

La vieja meneó su cabeza gris, completamente pálida.

—No. He servido al señor, y después del señor no serviré á nadie.

—¡Pero á mí!

Martina alzó los ojos turbios, y miró á a joven, aquella niña á quien había visto crecer.

—¡A V. no!

Entonces Clotilde, cohibida, quiso hablarla del hijo que llevaba en su seno: del hijo de su amo, á quien quizá querría servir. Martina adivinó su pensamiento; recordó la conversación que había sorprendido, y miró aquel vientre de mujer fecunda, donde aún no se indicaba el embarazo. Pareció reflexionar un instante. Después, resueltamente:

—El niño, ¿verdad?... ¡No!

Y acabó por ajustar sus cuentas, arreglando el asunto como mujer práctica que conoce el valor del dinero.

—Puesto que tengo de qué vivir, voy á ir á comerme mis rentas tranquilamente á cualquier parte... A V., señorita, puedo dejarla, porque no es pobre. El señor Ramond le explicará á V. mañana cómo se han sal-

vado cuatro mil pesetas de renta en la notaría. Entre tanto, aquí tiene la llave de la gaveta, donde encontrará las cinco mil que ha dejado el señor... ¡Oh! Ya sé que nosotras no reñiremos. El señor no me pagaba hace tres meses; tengo papeles que lo prueban. Además, en estos últimos tiempos he puesto unas doscientas pesetas de mi bolsillo, sin que él supiese de dónde venía el dinero. Todo eso está escrito, y nada recelo; la señorita no me perjudicará en un céntimo siquiera... Pasado mañana, cuando el señor no esté ya ahí, me marcharé.

A su vez, bajó á la cocina; y Clotilde, á pesar de la devoción ciega de aquella mujer, que la indujera á prestarse á un crimen, sintió infinita tristeza por tal abandono. Pero al recoger los restos de los legajos, antes de volver al cuarto mortuario, tuvo una satisfacción: la de encontrar de repente el árbol genealógico, extendido sobre la mesa, sin que lo hubiesen visto siquiera las dos mujeres. Era el único residuo entero, una santa reliquia. Lo cogió, y fué á guardarlo en la cómoda del cuarto con los fragmentos medio consumidos.

Pero, al encontrarse en aquella estancia augusta, la invadió gran emoción. ¡Qué so-

berana calma, qué paz inmortal, al lado del salvajismo destructor que había llenado la inmediata sala de humo y de ceniza! ¡De la sombra descendía una serenidad sagrada; los dos cirios ardían con una llama pura é inmóvil, sin el menor estremecimiento! Y vió entonces que el semblante de Pascual se había quedado muy blanco entre las ondas dispersas de la blanca barba y de los blancos cabellos. Dormía en medio de la luz, como envuelto en una aureola, soberanamente hermoso. Clotilde se inclinó; le besó una vez más, sintiendo en su boca el frío de aquel rostro de mármol, con los párpados cerrados, que dormía el sueño de la eternidad. Fué tal su dolor por no haber podido salvar la obra cuya custodia le confiara, que cayó de rodillas, sollozando. Acababan de violar el genio, y le parecía que el mundo iba á hundirse, ante la destrucción feroz de una vida laboriosa y santa.